

LA CONFIANZA HERIDA: REFLEXIONES SOBRE LA SITUACIÓN DE LA IGLESIA

Wounded Confidence: Reflections on the Situation of the Church

HERMANN RODRÍGUEZ OSORIO*

Resumen

La historia de la Iglesia está marcada por múltiples heridas. El presente artículo quiere reflexionar sobre la crisis actual de la Iglesia y ofrecer algunas luces sobre la manera como podría reaccionar frente a la confianza herida, que se percibe como la situación más destructiva que se ha desencadenado por los casos de pedofilia que se han vivido en los últimos años. Es necesario afrontar la crisis con transparencia y con honestidad.

Palabras clave: Cristianismo, Historia de la Iglesia, Iglesia, Crisis.

Abstract

The church history is marked by multiple injuries. This article aims to reflect on the current church crisis and offer some light on the way that could respond to this wound confidence, which is perceived as the most destructive situation that has been triggered by cases of pedophilia in recent years experienced. It is necessary to confront the crisis with transparency and honesty.

Key words: Christianity, History of the Church, Church, Christ.

* Doctor en Teología de Universidad Pontificia Comillas de Madrid (España). Magister en Psicología Comunitaria de la Pontificia Universidad Javeriana. Licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Sacerdote de la Compañía de Jesús. Decano Académico de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana –Bogotá- Colombia.
Correo electrónico: hermann.rodriguez@javeriana.edu.co

Artículo recibido el 28 de mayo de 2010 y aprobado para su publicación el 15 de octubre de 2010.

INTRODUCCIÓN

La historia de la Iglesia está marcada por múltiples heridas: las sangrientas persecuciones romanas de Nerón y de Decio, el desgarrador Cisma de Oriente, las reformas de las Iglesias centroeuropeas, los cuestionamientos radicales de los 'maestros de la sospecha', las persecuciones por parte de los totalitarismos de izquierda o de derecha que dominaron el siglo XX. La experiencia nos enseña que cuando la herida ha sido causada por un agente externo, la capacidad de respuesta ha permitido sobreponerse a las consecuencias destructivas de la crisis. Sin embargo, cuando las heridas han estado relacionadas con la vida misma de la Iglesia, la reacción ha sido más bien pobre y tardía. No hay cuña que más apriete que la del mismo palo. Hoy estamos viviendo una grave crisis que tenemos que enfrentar con total transparencia y honestidad.

Estamos perdiendo mucho dinero, estamos perdiendo muchos seguidores, estamos perdiendo nuestra reputación, estamos perdiendo estudiantes de nuestros colegios y universidades, estamos perdiendo feligreses en las eucaristías dominicales, estamos perdiendo países enteros que no hace muchos años eran fuentes inagotables de generosos misioneros que se repartían por todo el mundo para anunciar la Buena noticia del Reino, pero absolutamente nada de esto es tan grave como lo que nos está pasando en estos momentos: Estamos perdiendo la confianza de los creyentes. La confianza que la Iglesia ha inspirado durante siglos, está gravemente herida. La crisis desatada por los casos de pedofilia que actualmente estamos enfrentando, no es más que un síntoma dentro de una cadena de procesos que han ido minando la confianza de los creyentes en la misma Iglesia.

El texto que presentamos, partirá del reconocimiento de algunos de los síntomas que develan el fondo de la enfermedad, para luego ofrecer unas consideraciones sobre lo que señalamos como el corazón de la crisis actual de la Iglesia: la confianza herida. En seguida, apuntaremos algunos caminos para la reconstrucción de esta confianza. Como colofón, ofrecemos unas líneas escritas por el teólogo Hans Küng, en un contexto distinto, pero iluminadoras en el contexto actual. Terminamos reseñando los textos que inspiraron estas reflexiones.

LOS SÍNTOMAS DE LA HERIDA

Dentro de los muchos diagnósticos que se hacen hoy sobre la realidad de la Iglesia, es significativo el que el jesuita egipcio-libanés, Henri Boulad, presenta en la carta que dirigió al Papa hace algunos meses y que fue difundida a través de los medios de comunicación. Extractamos de esta carta algunos de los síntomas señalados por Boulad, comentando la información y añadiendo algunos datos que contrastan y enriquecen este diagnóstico:

- La práctica religiosa y el sentido de pertenencia a la Iglesia católica disminuye constantemente, aunque los números y las estadísticas a veces señalan lo contrario, como se puede ver en la última edición del Anuario Estadístico de la Iglesia, publicado el 27 de abril de 2010, donde se afirma que a nivel planetario el número de católicos bautizados ha tenido un aumento del 11,54% entre el año 2000 y el 2008.
- Personas mayores llenan todavía las Iglesias, pero hay una ausencia cada vez más notoria de jóvenes convencidos y entusiasmados con el proyecto de Jesús. La Iglesia va desapareciendo en algunos países de tradición católica y va creciendo lentamente en países pobres.
- Hay crisis de vocaciones tanto para seminarios como para noviciados, aunque hay que señalar que en el nuevo Anuario Estadístico de la Iglesia el número de sacerdotes, religiosos y seminaristas ha aumentado levemente a nivel global.
- Muchos sacerdotes dejan su ministerio y otros, aunque mantienen su vínculo con su obispo respectivo, viven en concubinato a la vista de sus fieles que normalmente los aceptan.
- “El lenguaje de la Iglesia es obsoleto, anacrónico, aburrido, repetitivo, moralizante, totalmente inadecuado a nuestra época” (...) y “en consecuencia un gran número de cristianos se vuelven hacia las religiones de Asia, las sectas, la *new-age*, las iglesias evangélicas, el ocultismo, etcétera. No es de extrañar. Van a buscar en otra parte el alimento que no encuentran en casa, tienen la impresión de que les damos piedras como si fuera pan. La fe cristiana que en otro tiempo otorgaba sentido a la vida de la gente, resulta para ellos hoy un enigma, restos de un pasado acabado”.
- “En el plano moral y ético, los dictámenes del Magisterio, repetidos a la saciedad, sobre el matrimonio, la contracepción, el aborto, la eutanasia, la homosexualidad, el matrimonio de los sacerdotes, los divorciados vueltos a casar, etcétera, no afectan ya a nadie y sólo producen dejadez e indiferencia”.
- “El diálogo con las demás iglesias y religiones está en preocupante retroceso hoy. Los grandes progresos realizados desde hace medio siglo están en entredicho en este momento”.
- Los abusos sexuales cometidos contra personas en situación de indefensión por parte de sacerdotes y obispos católicos se han convertido en tema central de los medios de comunicación, sobre todo porque muchos obispos se han hecho cómplices de estos delitos ocultando y negando esta realidad dolorosa.
- Diócesis y Provincias religiosas que se declaran en quiebra por la cantidad de dinero que tienen que pagar para responder a las demandas por este tipo de delitos.

- Se han multiplicado las solicitudes de renuncia al Papa por parte de teólogos reconocidos a nivel mundial (Küng, Asociación de teólogos Juan XXIII y otros).

LA FIEBRE NO ESTÁ EN LAS SÁBANAS

Una lectura más profética, en mi opinión, fue elaborada recientemente por el famoso teólogo José Antonio Pagola (2009) en su artículo *Conversión de la Iglesia a Jesús, el Cristo*, del cual voy a destacar algunos elementos fundamentales de su reflexión.

El riesgo del desaliento

La Iglesia, entendida como pueblo de Dios, constituida por pastores y fieles, está gravemente amenazada por una tendencia al desaliento y al desencanto. Las expectativas y los sueños que surgieron en medio de la Iglesia con motivo del Concilio Vaticano II y con los procesos pastorales y de reflexión que fueron surgiendo a lo largo y ancho del mundo católico, pareciera que han entrado en un momento de crisis y han llevado a algunos teólogos a calificarlo como un tiempo de 'invierno eclesial' (Codina, 2006). A este respecto, Pagola afirma en el artículo citado:

Puesto que los datos son claramente negativos (descenso de la práctica religiosa, envejecimiento de las personas y de las estructuras, abandono de la Iglesia por parte de amplios sectores, dificultad creciente para transmitir la fe, ausencia de las nuevas generaciones, falta de vocaciones para el servicio presbiteral y para la vida religiosa...), lo primero que se observa es que en amplios sectores se ha generado casi espontáneamente un estado de ánimo marcado por el desaliento, la amargura, la resignación, la pasividad, la impotencia o el desencanto. Son las palabras que más se repiten en muchos análisis y estudios pastorales.

Desde esta perspectiva, Pagola señala tres peligros: (1) Buscar enemigos externos que amenazan e incluso persiguen a la Iglesia, (2) adoptar una actitud autodefensiva que en lugar de aceptar las propias fallas y buscar la conversión, se contenta con la apología a toda costa, y (3) buscar en el interior mismo de la Iglesia a los culpables de un estado de cosas tan complejo y doloroso para todos, particularmente, señalando la culpa de los dirigentes religiosos que no han sido capaces de interpretar los signos de los tiempos para señalar los caminos nuevos que tenemos que recorrer.

El riesgo del restauracionismo

Junto al riesgo del desaliento que va carcomiendo la moral de los creyentes, va surgiendo, cada vez con más fuerza, una tendencia que pretende recuperar el puesto de la Iglesia en medio del mundo, a partir de una 'vuelta a la gran disciplina' (Libanio). El riesgo del restauracionismo se ha ido infiltrando entre los fieles y sus pastores, animados por las experiencias de fracaso y por los pobres resultados de la renovación que quiso impulsar el Concilio de Juan XXIII. Pagola comenta esta situación en los siguientes términos:

En vez de vivir caminando con los hombres y mujeres de hoy, colaborando desde el proyecto del reino de Dios en la marcha hacia una sociedad más justa, más compasiva y más digna del ser humano, parece que la Iglesia se encierra en la conservación firme, rígida y disciplinada de su tradición religiosa, convencida de que esto es lo mejor en estos momentos en una sociedad que se aleja progresivamente de Dios y de la moral cristiana para deslizarse hacia el nihilismo y el vacío moral. (...) En este contexto, el conservadurismo se va infiltrando e imponiendo poco a poco en todos los ámbitos y a todos los niveles. En pocos años, se ha ido endureciendo el marco autoritario que lo regula todo: se controla de cerca la investigación teológica y la orientación de las Editoriales católicas; se vigila el cumplimiento estricto de la normativa ritual sin concesión alguna a la creatividad; se controla el lenguaje tradicional; todo parece fijado ya para siempre; se promueven prácticas devocionales consagradas por la tradición.

El riesgo de la pasividad del pueblo cristiano

Junto al desaliento y a la corriente restauracionista que vive la Iglesia toda, se ha fortalecido la pasividad del pueblo cristiano. Esta realidad no es nueva, ni podemos señalarla como si fuera el fruto del proceso actual. "Durante siglos se le ha educado a la masa de los fieles para la sumisión, la obediencia, el silencio y la pasividad. El cristianismo se ha organizado como una religión de autoridad y no de llamada. (...) Las estructuras que se ha dado a sí misma la jerarquía a lo largo de los siglos no han promovido la corresponsabilidad, la vivencia adulta de su pertenencia a la Iglesia ni la creatividad del Pueblo de Dios" (Pagola).

Por tanto, es normal que hoy, cuando se siente la gravedad de la crisis de la Iglesia, los fieles no sientan su propia responsabilidad frente a la renovación que debe vivir la Iglesia, sino que señalen a los que ejercen la autoridad en medio de las comunidades cristianas, como los que deben poner orden y ofrecer soluciones a los problemas que aquejan a todo el cuerpo eclesial.

El corazón del problema: La confianza herida

Entre los análisis de la situación actual de la Iglesia, particularmente de la crisis desatada por los casos de pedofilia entre sacerdotes y obispos, queremos destacar las reflexiones del psicoanalista y psiquiatra chileno, Ricardo Capponi, que en un artículo llamado *Desafíos para la Iglesia Católica*, publicado en la Revista *Ya*, afirma:

Es el trabajo pastoral que realiza la Iglesia lo que define su esencia. Pero la acción pastoral no es sólo una prédica sobre el mensaje evangélico; es una dirección espiritual que requiere de una relación de intimidad, cuya condición básica es la confianza plena en quien conduce; en este caso, el sacerdote. De allí que la pedofilia sea un ataque artero al corazón mismo de la función de la Iglesia, al instrumento que la identifica.

Esta situación de desconfianza que se ha ido arraigando en medio de la Iglesia, no sólo viene de los casos de pedofilia, que ciertamente la han agudizado de manera particular, sino también ha sido alimentada por los sentimientos de desaliento y desesperanza que han proliferado después de los primeros impulsos de renovación conciliar, por las tendencias que buscan seguridades externas que nos liberen del miedo que produce navegar por aguas desconocidas y por una prolongada pasividad del pueblo cristiano al que no se le ha reconocido su mayoría de edad y que ha seguido viviendo bajo el cuidado paternalista de las autoridades de la Iglesia.

Un ejemplo de esta situación es la carta de Benedicto XVI a los obispos de la Iglesia Católica, con motivo de la remisión de la excomunión a los cuatro obispos consagrados por el Arzobispo Lefebvre, publicada el 10 de marzo de 2009, en la que el Papa señala que su decisión “ha suscitado por múltiples razones dentro y fuera de la Iglesia católica una discusión de una vehemencia como no se había visto desde hace mucho tiempo”. Todavía, en la introducción de la carta, añade el Papa: “Se desencadenó así una avalancha de protestas, cuya amargura mostraba heridas que se remontaban más allá de este momento”. Por ello, el Papa se siente impulsado a dirigir esta carta a los obispos para explicar los motivos de su decisión.

Lo que queremos destacar en este momento, independientemente del motivo de estas protestas, es el hecho de que el mismo Benedicto XVI se haya sentido cuestionado y herido por sus hermanos en el episcopado y por una multitud inmensa de fieles en todo el mundo: “Me ha entristecido el hecho de que también los católicos, que en el fondo hubieran podido saber mejor cómo están las cosas, hayan pensado que debían herirme con una hostilidad dispuesta al ataque”.

En esta carta, trascendental en la vida de la Iglesia, el Papa señala cuál es y debe ser la primera prioridad de su Pontificado:

“La primera prioridad para el sucesor de Pedro fue fijada por el Señor en el Cenáculo de manera inequívoca: ‘Tú... confirma a mis hermanos’ (Lc 22, 32). El mismo Pedro formuló de modo nuevo esta prioridad en su primera carta: ‘Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere’ (1 Pe 3, 15). En nuestro tiempo, en el que en amplias zonas de la tierra la fe está en peligro de apagarse como una llama que no encuentra ya su alimento, la prioridad que está por encima de todas es hacer presente a Dios en este mundo y abrir a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que habló en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo (Jn 13, 1), en Jesucristo crucificado y resucitado. El auténtico problema en este momento actual de la historia es que Dios desaparece del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se ve afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de manifiesto”.

Y más adelante, plantea algunas preguntas que creo que tienen que ver con esta realidad de la confianza herida. En este caso se trata de algunos hermanos que estaban en riesgo de separarse completamente de la Iglesia por sus doctrinas y sus prácticas retardatarias. Pero el mismo argumento podría aplicarse para aquellos que pueden correr el riesgo de alejarse del cuerpo del Señor, por sus posturas avanzadas. Dice el Papa Benedicto XVI (2009):

Que el humilde gesto de una mano tendida haya dado lugar a un revuelo tan grande, convirtiéndose precisamente así en lo contrario de una reconciliación, es un hecho del que debemos tomar nota. Pero ahora me pregunto: ¿Era y es realmente una equivocación, también en este caso, salir al encuentro del hermano que ‘tiene quejas contra ti’ (Mt 5,23s) y buscar la reconciliación? ¿Acaso la sociedad civil no debe intentar también prevenir las radicalizaciones y reintegrar a sus eventuales partidarios –en la medida de lo posible– en las grandes fuerzas que plasman la vida social, para evitar su segregación con todas sus consecuencias? ¿Puede ser totalmente desacertado el comprometerse en la disolución de las rigideces y restricciones, para dar espacio a lo que haya de positivo y recuperable para el conjunto?

Por último, nos parece muy iluminador, para el momento actual de la Iglesia, destacar otra serie de preguntas que Benedicto XVI plantea a sus hermanos en el episcopado:

“¿Acaso no debe la gran Iglesia permitirse ser también generosa, siendo consciente de la envergadura que posee; en la certeza de la promesa que le ha sido confiada? ¿No debemos como buenos educadores ser capaces también de dejar de fijarnos en diversas cosas no buenas y apresurarnos a salir fuera de las estrecheces? ¿Y acaso no debemos admitir que también en el ámbito eclesial se ha dado alguna salida de tono? A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia

alguna; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele —en este caso el Papa— también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas”.

Por tanto, el esfuerzo que debe hacer toda la Iglesia será intentar recuperar la confianza herida por estos factores que hemos venido señalando. Vamos a apuntar algunos caminos de renovación.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CONFIANZA

Volver a Jesucristo

La etimología latina de confianza —fiducia— proviene de fides, fe. Reconstruir la confianza es restablecer la fe. Y la fe, en nuestro contexto cristiano, sólo se debe a Dios en su triple auto-donación al hombre. Aquí es donde creo que el P. Federico Carrasquilla ha puesto la fuerza de sus argumentos en dos cartas en las que ha respondido a la carta de Heri Boulad, S.J. y en la que ha reflexionado sobre los escándalos de pedofilia que han afectado a la Iglesia en los últimos tiempos:

“Si sabemos mirar con los ojos de Jesús, estos escándalos que están sucediendo en nuestra Iglesia y que nos tocan a todos, en lugar de escandalizarnos, de lamentarnos o de querer dejar la Iglesia, los deberíamos acoger como una llamada fortísima, violenta, que nos hace el Señor a **volver a su persona**. Por eso pienso que después de estos escándalos, de las consecuencias gravísimas que no sabemos por cuánto tiempo tenemos que asumir y enfrentar, nuestra vivencia cristiana, nuestra adhesión a la **comunidad cristiana**, no será la misma. Empezaremos a vivir lo que quería Juan XXXIII al lanzar el Concilio: **volver a las fuentes** y lo que un místico del siglo XX decía con cierto humor, al ver que a la iglesia le iban quitando las obras que habían sido propias de ella durante siglos, que el prestigio y el poder del que había gozado durante siglos se iba perdiendo: “Lo estamos perdiendo todo. ¡Lástima! No nos va a quedar para darle a la gente más que a Jesucristo!”

La verdad sobre la Iglesia

Víctor Codina, en su artículo *Sentirse Iglesia en el invierno eclesial*, señala algunas verdades olvidadas sobre la Iglesia, que nos parece que es necesario recordar hoy. Codina desarrolla cada una de estas características de la Iglesia con una gran maestría; la brevedad de este texto no nos permite extendernos en el desarrollo de cada una de estas verdades, pero nos parece importante señalarlas.

No podemos olvidar que **Dios es mayor que la Iglesia** y, por tanto, no podemos olvidar cuál es el referente fundamental de la Iglesia a la hora de afrontar sus crisis y de enfrentar los procesos necesarios de su reforma. Dios, y el Dios revelado en Jesucristo, está por encima de la Iglesia y debe ser el referente permanente de su constante conversión.

Tenemos que recordar siempre que el **Reino tiene prioridad sobre la Iglesia**, verdad que tiene su fundamento en la misma predicación de Jesús. “El centro de la predicación de Jesús de Nazaret no fue la Iglesia sino el Reino (Mc 1, 15). El Reino es el proyecto trinitario de Dios de comunicar al mundo, misericordiosamente, su propia vida, comenzando por salvar la vida humana de todo sufrimiento y de todo mal. Sus parábolas y milagros son signos del Reino que ya comienza a hacerse presente (Lc 11, 20)” (Codina).

Es importante tener presente siempre que **la Iglesia es pecadora**. El Papa Benedicto XVI ha reconocido en su carta a los católicos de Irlanda, publicada el 19 de marzo de 2010, que la Iglesia necesita constantemente de la penitencia y de la reconciliación. Por otra parte, el mismo Vaticano II, “aunque evita el término pecadora, afirma claramente que la Iglesia abraza en su seno a los pecadores y necesita de una continua purificación, penitencia y conversión (GS 8)” (Codina).

Hay que tener siempre presente que **la Iglesia está bajo la fuerza del Espíritu**. La Iglesia no está solo referida a Jesucristo, sino que también vive bajo la fuerza del Espíritu Santo. “El olvido del Espíritu favorece una visión de la Iglesia prácticamente identificada con sus estructuras visibles y en concreto con la jerarquía” (Codina).

Otra verdad olvidada con demasiada frecuencia es que **la Iglesia no se identifica simplemente con la jerarquía**. Después del Concilio Vaticano II los católicos hemos ido ganando esta conciencia; sin embargo, todavía cuesta mucho que esta verdad configure el pensamiento y la práctica de fieles y de clérigos. “La historia nos confirma que en los momentos más difíciles ha sido el polo profético de la Iglesia, laicos y laicas, religiosos y religiosas, quienes han salvado a la Iglesia de situaciones de crisis: el monacato, los movimientos medievales, la reforma de la época moderna, los movimientos sociales católicos, los movimientos teológicos en torno al Vaticano II, los que hoy propugnan que ‘otra Iglesia es posible’...” (Codina).

Por último, pero no lo menos importante, sino la piedra angular que cierra el edificio eclesial, es que **la Iglesia es la Iglesia del Jesús histórico y pobre de Nazaret**. Esto, que muchas veces ‘se supone’, es necesario recordarlo siempre y sin la menor duda, el centro del proceso de renovación que la Iglesia necesita, está allí. “Se puede decir que el giro que necesita el cristianismo actual, la autocorrección decisiva, el cambio básico, consiste sencillamente en volver a Jesucristo: centrarse con más verdad y fidelidad en su persona y en su proyecto del reino de Dios. No es exagerado decir que esto es lo que puede marcar de manera decisiva y positiva

el futuro del cristianismo. Esta conversión más radical a Jesús, el Cristo, es lo más importante que puede ocurrir en la Iglesia los próximos años” (Pagola).

El mismo Benedicto XVI ha repetido varias veces, en la Carta a los católicos de Irlanda, la necesidad de volver al encuentro personal con el Señor Jesús, el único que puede dar sentido a nuestra experiencia de fe: “La experiencia que un joven hace de la Iglesia debería fructificar siempre en un encuentro personal y vivificador con Jesucristo, dentro de una comunidad que lo ama y lo sustenta. (...) Siguiendo el camino indicado por el Evangelio, observando los mandamientos y conformando vuestra vida cada vez más a la persona de Jesucristo, experimentaréis seguramente la renovación profunda que necesita con urgencia nuestra época. Os invito a todos a perseverar en este camino” (Benedicto XVI).

Actitudes cristianas ante la iglesia de hoy

Víctor Codina, en el artículo citado más arriba, señala tres actitudes cristianas ante la Iglesia, que deben acompañar a todo creyente: **Gratitud y amor, fidelidad crítica y saber esperar contra toda esperanza.**

Presentamos algunos párrafos con los que termina el artículo de Víctor Codina:

“Cuando Ignacio de Loyola escribió sus reglas para sentir en la Iglesia, no podía imaginar lo costoso que le iba a ser el vivir esta fidelidad eclesial. Paulo III no fue en su vida privada ningún modelo de perfección cristiana y sin embargo Ignacio pone a la Compañía de Jesús al servicio de él y de sus sucesores, con un cuarto voto acerca de las misiones que el Papa quiera confiarles”. “También Ignacio tuvo dificultades con el Cardenal Caraffa y cuando éste fue nombrado Papa con el nombre de Paulo IV, a Ignacio se le estremecieron todos sus huesos y se retiró a orar a la capilla, de la que luego salió sereno. Los últimos años de la vida de Ignacio fueron una auténtica noche oscura eclesial, pues debía obedecer a un hombre que nunca había mostrado cariño ni a Ignacio ni a la Compañía, que no ayudó en nada al mantenimiento del Colegio Romano, que estaba en gran necesidad, y que luego de la muerte de Ignacio intentó introducir el coro en la Compañía y no dudó en calificar a Ignacio de “tirano”. Pues bien, la última voluntad de Ignacio enfermo de muerte fue pedir a su secretario Polanco que fuera al Vaticano a pedir la bendición del Papa Paulo IV, un hombre que si quería, podía deshacer la Compañía. Ignacio muere bajo la bendición de Paulo IV”.

“Teresa de Jesús, que tuvo grandes conflictos con la jerarquía de su tiempo, nunca renegó de su pertenencia a la Iglesia y al final de su vida pudo exclamar: “por fin muero hija de la Iglesia”.

“En el siglo XX tenemos testimonios de grandes hombres, muchos de ellos teólogos, que sufrieron mucho en la Iglesia y por la Iglesia y se mantuvieron fieles hasta el final de sus vidas”.

“Henri de Lubac, destituido de su cátedra de teología de Lyon-Fourvière, en tiempo de Pío XII, luego de la encíclica *Humani generis* (1950), escribió en esta situación de sospecha y marginación eclesial su libro *Meditación sobre la Iglesia*, que es un testimonio de su fe y de su amor a la Iglesia³⁵. Luego fue teólogo del Vaticano II y más tarde nombrado Cardenal por Juan Pablo II”.

“Otro gran teólogo, el dominico Yves Congar, también destituido de su cátedra de Le Saulchoir-Paris, en las mismas circunstancias que de Lubac, nos ha dejado en su *Diario* el testimonio estremecedor de su sufrimiento al ser condenado por el Santo Oficio e incluso desterrado fuera de Francia: “Me han destruido prácticamente. En la medida de su capacidad, me han destruido. Se me ha desprovisto de todo aquello en lo que he creído y a lo que me he entregado: ecumenismo (desde 1939 no he hecho nada o casi nada), enseñanza, conferencias, actividad con sacerdotes, colaboración en *Témoignage chrétien*, etc, participación en los grandes congresos (Intelectuales católicos, etc). No han tocado mi cuerpo; en principio no han tocado mi alma; nada se me ha pedido. Pero la persona de un hombre no se limita a su piel y a su alma. Sobre todo, cuando este hombre es un apóstol doctrinal, “es” su actividad, “es” sus amigos, sus relaciones, “es” su irradiación normal. Todo esto me ha sido retirado; se ha pisoteado todo ello, y así se me ha herido profundamente. Se me ha reducido a nada, y, consiguientemente, se me ha destruido. Cuando en ciertos momentos, repaso lo que había acariciado ser y hacer, lo que había empezado a realizar, soy presa de un inmenso desconsuelo”. Congar, no se deja llevar por el desánimo ni la amargura, continúa trabajando desde el exilio y una vez rehabilitado por Juan XXIII y nombrado perito conciliar, será uno de los grandes teólogos del Vaticano II, y al final de su vida acepta ser nombrado Cardenal por Juan Pablo II”.

K.Rahner, que aunque no tuvo que renunciar a su cátedra de Innsbruck, tuvo grandes dificultades con Roma, que le impuso una censura previa a todos sus escritos, fue un gran hombre de Iglesia. Baste un testimonio de ello: “La Iglesia a la que servimos, a la que hemos consagrado nuestra vida, por la que nos consumimos personalmente, es la Iglesia peregrinante, la Iglesia de los pecadores, la Iglesia que para mantenerse y conservarse en la verdad, en el amor y en la gracia de Dios, necesita el milagro cotidiano y extraordinario de esta misma gracia. Sólo viéndola así podremos amarla en la forma adecuada.

Otro gran teólogo, el moralista redentorista Bernhard Häring, que padeció incontables dificultades con Roma, hasta afirmar que prefería los interrogatorios de los agentes de Hitler a los de la Curia Romana, profesa hasta el final de su vida

un gran amor a la Iglesia: “Amo a la Iglesia porque Cristo la ama hasta en sus elementos más externos. La amo incluso allí donde descubro, con dolor, actitudes y estructuras que juzgo no están en armonía con el evangelio. La amo tal cual es, porque también Cristo me ama con toda mi imperfección, con todas mis sombras, y me dan el empuje constante para llegar a ser lo que corresponde a su plan salvador. (...) Caminemos en esta línea y pensemos, agradecidos, en todo el bien que ha brotado y continúa brotando en la Iglesia”.

Finalmente, Pedro Arrupe, uno de los hombres de Iglesia más proféticos de los años del Vaticano II y más devotos del Papa, sufre al final de su vida una profunda noche oscura. Ésta ya comenzó en tiempo de Pablo VI, pero se agravó con Juan Pablo II. Arrupe deseaba renunciar a su Generalato en la Compañía de Jesús y convocar una Congregación General para el año 1980, pero Juan Pablo II no se lo permitió. En agosto de 1981 Arrupe, a su regreso de Filipinas, sufre un ataque cerebral que le afecta su voz y nombra Vicario General al P. V. O’Keef. En octubre del mismo año recibe una carta del Papa en la que se le comunica que Juan Pablo II, en lugar del Vicario General nombrado por Arrupe, ha nombrado como Delegado Pontificio suyo para la Compañía al P. Paolo Dezza y que, de momento, se aplaza toda convocatoria de la Congregación General. Arrupe, sin poder hablar, recibe la noticia llorando. En el fondo se descalificaba el modo de gobierno de Arrupe y se intervenía la Compañía. Tras dos años de calvario, por fin en 1983 se puede reunir la Congregación General en la que Arrupe dimite y es nombrado su sucesor el P. P. H. Kolvenbach. Pedro Arrupe acaba sus días en 1991, en la enfermería de Roma, después de diez años de silencio y oración, siempre sonriente, ofreciendo su vida por la Iglesia. “Hay que esperar contra toda esperanza. Esperamos que el desierto florecerá y que después del invierno renacerá la primavera (Cant 2, 11-13)”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Presentamos, a modo de conclusión, estas líneas escritas por Hans Küng (1978) en otro contexto histórico, pero que consideramos muy pertinentes en este momento eclesial que estamos viviendo.

En esta situación se escucha la pregunta: ¿por qué sigo en la Iglesia o en el ministerio eclesial? Ya no se puede amenazar correctamente con el infierno. La secularización de la existencia y del saber moderno ha derribado muchas motivaciones sociológicas. Y por otra parte parece que el tiempo de la Iglesia estatal, popular tradicional, toca a su fin. Responder convincentemente a esta pregunta no es fácil.

Para un judío o para un musulmán no puede carecer de importancia el hecho de que él nació en esta comunidad, y sigue determinado –lo quiera o no–

por ella en forma positiva o negativa (al menos ha sucedido así la mayoría de las veces). Y no da igual mantenerse unido a la familia o bien alejarse de ella por ira o por indiferencia. Lo mismo para un cristiano.

Esta es al menos una causa por la que algunos permanecen hoy en la Iglesia e incluso en el ministerio eclesial. Querrían atacar las tradiciones congeladas, que dificultan o imposibilitan ser cristiano. Pero no por ello renuncian a vivir fundados en la gran tradición cristiana y eclesial de veinte siglos. Criticarán instituciones y constituciones eclesiales cuando la felicidad de las personas se inmola en provecho de estas constituciones e instituciones. Pero no quieren renunciar a la necesaria institución o constitución sin la cual no puede vivir a la larga una comunidad de fe.

Habiendo asistido a horas mejores, ¿debía yo abandonar el barco en la tempestad y dejar a los demás con los que he navegado hasta ahora que se enfrentarán al viento, extraerán el agua y lucharán por la supervivencia? He recibido demasiado en la comunidad de fe para poder defraudar ahora a aquellos que se han comprometido conmigo. No quisiera alegrar a los enemigos de la renovación, ni avergonzar a los amigos... Pero no renunciaré a la eficacia EN la Iglesia. Las alternativas —otra Iglesia, sin Iglesia— no me convencen: los rompimientos conducen al aislamiento del individuo o a una nueva institucionalización. Cualquier fanatismo lo demuestra. No defiendo en absoluto un cristianismo de selectos que pretenden ser mejores que otros ni tampoco defiendo las utopías eclesiales, que sueñan con una comunidad limpiamente animada por los mismos sentimientos. ¿No sería más emocionante, interesante, exigente —a pesar de todo— y finalmente más reconfortante y fructífero luchar por un «cristianismo con rostro humano» en esta Iglesia concreta, en la que al menos sé con quién me comprometo? ¿No sería mejor una exigencia siempre nueva de responsabilidad, de postura activa, de perseverancia tenaz, de libertad más vivida, de resistencia leal?

Mi respuesta decisiva sería: permanezco en la Iglesia porque el asunto de Jesús me ha convencido, y porque la comunidad eclesial en y a pesar de todo fallo ha sido la defensora de la causa de Jesucristo y así debe seguir siendo.

La posibilidad efectiva dependerá de que en algún lugar un párroco predique a este Jesús; un catequista enseñe cristianamente; un individuo, una familia o una comunidad recen seriamente, sin frases; de que se haga un bautismo en nombre de Jesucristo; se celebre la Cena de una comunidad comprometida y que tenga consecuencias en lo cotidiano; se prometa misteriosamente por la fuerza de Dios el perdón de los pecados; de que en el servicio divino y en el servicio humano, en la enseñanza y en la pastoral, en la conversación y en la diaconía el Evangelio sea predicado, pre-vivido y post-vivido de verdad. En pocas palabras, se realiza el verdadero seguimiento de Cristo; el «asunto de Jesucristo» es tomado en serio. Por tanto, la Iglesia puede —¿quién lo haría sino

ella?— ayudar a los hombres a ser hombres, cristianos, hombres-cristianos, y a seguir siéndolo de hecho: a la luz y en la fuerza de Jesús, poder vivir, actuar, padecer y morir de una forma verdaderamente humana por estar mantenidos desde el principio hasta el fin por Dios, poder comprometerse hasta el fin por Dios, poder comprometerse hasta el fin por los hombres.

Está en manos de la Iglesia el modo de superar esta crisis. El programa no falta. ¿Por qué sigo en la Iglesia? Porque de la fe hago ESPERANZA: esperanza de que el programa, es decir, de que el asunto de Jesucristo es más fuerte que todos los abusos que se dan en y con la Iglesia. Por esto vale la pena la decisiva toma de postura EN la Iglesia; por esto vale la pena la toma de posición más concreta en el ministerio eclesial a pesar de todo. No permanezco en la Iglesia AUNQUE sea cristiano: no me tengo por más cristiano que la Iglesia. Sino que permanezco en la Iglesia PORQUE soy cristiano (p. 333-335).

REFERENCIAS

- Argemi, Marc. (2010). *La crisis de la pederastia en la Iglesia en 1.001 palabras y la respuesta de Benedicto XVI*. Recuperado de <http://www.zenit.org/article-35118?l=spanish>
- Asociación de Teólogos Juan XXIII pide la renuncia del Papa*. (2010). Recuperado de <http://blogs.21rs.es/trastevere/2010/04/22/la-asociacion-de-teologos-juan-xxiii-considera-que-el-pontificado-de-benedicto-xvi-esta-acabado-y-pide-su-renuncia/>
- Bedoya, Juan. (2010). Ratzinger, en la hoguera. *El Espectador*, 22-23.
- Benedicto XVI. (2009). *Carta de su Santidad Benedicto XVI a los obispos de la Iglesia católica sobre la remisión de la excomunión de los cuatro obispos consagrados por el arzobispo Lefebvre*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2009/documents/hf_ben-xvi_let_20090310_remissione-scomunica_sp.html
- _____. (2010). *Carta pastoral del Santo Padre Benedicto XVI a los católicos de Irlanda*. Recuperado de http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2010/documents/hf_ben-xvi_let_20100319_church-ireland_sp.html
- Capponi, Ricardo. (2010). *Desafíos para la Iglesia Católica*. Recuperado de http://diario.elmercurio.cl/2010/04/24/el_sabado/la_vida_por_delante/noticias/5fe7158a-e9ea-480b-9f57-c9ec6fbc0dd1.htm

- Carrasquilla, Federico. (2010). *Lectura de fe de los escándalos de pedofilia en la Iglesia*. Recuperado de <http://evangelizadorasdelosapostoles.wordpress.com/2010/04/15/1367/>
- _____. (2010). *Reflexiones sobre la carta al Papa del P. Henri Boulad, S.J.* Recuperado de <http://evangelizadorasdelosapostoles.wordpress.com/2010/04/15/1363/>
- Codina, Víctor. (2006). *Sentirse Iglesia en el invierno eclesial*. Barcelona: Cristianismo y Justicia. Recuperado de <http://www.fespinal.com/espinal/llib/eies46.pdf>
- Küng, Hans. (1978) *¿Por qué permanezco en la Iglesia?* En Gritos y Plegarias. Bilbao: DDB.
- _____. (2010). Cinco años de pontificado de Benedicto XVI. Carta abierta a los obispos católicos de todo el mundo. Recuperado de <http://www.redescristianas.net/2010/04/15/cinco-anos-de-pontificado-de-benedicto-xvi-carta-abierta-a-los-obispos-catolicos-de-todo-el-mundohans-kung-teologo/>
- Lohfink, Gerhard. (1986). *La Iglesia que Jesús quería*. Bilbao: DDB.
- Martini, Carlo & Sporschill, George. (2008). *Coloquios nocturnos en Jerusalén*. Madrid: San Pablo.
- Miller, Lisa. (2010). A woman's place is in the Church. The cause of the catholic clergy's sex-abuse scandal is no mystery: insular groups of men often do bad things. So why not break up the all-male club? *Newsweek*, 20-25.
- Neusner, Jacob. (2010). *Un rabino analiza el pontificado de Benedicto XVI*. Recuperado de <http://www.zenit.org/article-35107?l=spanish>
- Pagola, José. (2009). *Conversión de la Iglesia a Jesús, el Cristo*. Recuperado de: <http://occlacc.org/redes/teologia/2009/12/09/conversion-de-la-iglesia-a-jesus-el-cristo/j-a-pagola-conversion-de-la-iglesia-a-jesus-el-cristo-13-11-09/>
- Radcliffe, Timothy. (2010). Should I stay, or should I go? *The Tablet*. Recuperado de <http://www.thetablet.co.uk/article/14543>